

***Intervención en el Tercer Congreso Mundial de la
Internacional Comunista en sus sesiones 5ª, 6ª y 7ª, 26 y 27
de junio de 1921
Clara Zetkin***

(Versión al castellano de Ana Armand desde “[Le troisième congrès. Extraits des 5ème, 6ème et 7ème séances. Le parti communiste allemand - La scission italienne et les événements de mars - Les cas Paul Levi et Serrati Internationale Communiste](#)”, en [L’Archive Internet des Marxistes – l’Internationale communiste \(IIIè Internationale\)](#); la fuente de la que toma el texto es el *Bulletin Communiste*, segundo año, número 32, 4 de agosto de 1921, que corrige según el texto alemán en [Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale](#))

Clara Zetkin.- Camaradas, en su informe de anteayer, el camarada Zinóviev desgranó el rosario de mis pecados, y el camarada Radek le siguió ayer en esa buena dirección. Veo que, a mí, como uno de los principales acusados, se me ha permitido hacer una intervención más larga que a los demás, porque es imposible tocar este tema en diez minutos. En primer lugar, en cuanto a la serie de mis pecados, señalo que a lo largo de mi vida nunca he conspirado ni he intercambiado correspondencia con el camarada Nobs¹ de Zúrich, y decir lo contrario es equivocarse.

Pasemos ahora a la cuestión italiana y a mi actitud ante ella, que tuvo una influencia decisiva en mi salida del Comité Ejecutivo del Partido Comunista Alemán. Esto es lo que tengo que decir al respecto. A juzgar por la forma en que esta cuestión fue tratada por los camaradas Zinóviev, Heckert, Radek y otros oradores, tuve la impresión de que fue tratada demasiado exclusivamente como un caso “Serrati” en lugar de ser planteada como una cuestión de interés para toda la masa proletaria italiana. Desde el punto de vista ideológica, esta masa, a nuestro pesar, aún no se ha situado clara y decididamente en el terreno del comunismo. Se ha hablado mucho aquí de la falta de sinceridad, la traición y la prevaricación de Serrati. Realmente, camaradas, no podía decidirme a emitir un juicio sobre la cuestión italiana basándome en los argumentos que siempre han surgido de que Serrati es un mal tipo cuya política indecisa y vacilante no se puede entender claramente. Camaradas, hay que juzgar la posición tomada por un político por su conducta moral y su línea política que, trazada sin desviaciones, debe dejar bien claro a amigos y enemigos; pues bien, camaradas, si hiciéramos eso, entonces (e insisto en que estoy lejos de culpar a nadie), entonces, camarada Radek, “vería más de uno que no está ahí”, por su conducta indecisa, vacilante y a menudo versátil.

Camaradas, para mí no hay cuestiones personales. A decir verdad, no soy de las que, según el camarada Zinóviev, lamentarían no ver la mesa presidencial decorada con la hermosa barba de d’Aragona, que, por cierto, me es absolutamente desconocida.

No, camaradas, os lo digo sinceramente, mi sentimiento estético queda perfectamente satisfecho con el pelo rizado de nuestro amigo Zinóviev. [*Risas*]. Y si quisiera juzgar por mis simpatías personales y formar mi decisión, debo declarar francamente que mis sentimientos de simpatía no pertenecerían a Serrati, sino mucho más a Turati, que es todo un personaje, aunque su política me parece horrible y considero que

¹ Ernest Nobs (1886-1957), dirigente del Partido Socialista de Suiza.

hay que luchar contra ella lo más enérgicamente posible. Pero, por mi parte, siempre he considerado a las masas como una guía, y desgraciadamente siguen a Serrati. Digo una cosa: si Serrati era realmente el hombre retratado en los documentos producidos por Zinóviev, entonces no entiendo por qué Serrati pudo ser nombrado en el Presidium del II Congreso, y por qué no actuaron mucho antes y con más energía para provocar una escisión y liquidar la situación de forma clara.

La situación del partido italiano

Camaradas, puedo comprender perfectamente las vacilaciones del ejecutivo para intervenir con una acción violenta en el desarrollo de las relaciones con el partido italiano. El partido italiano fue uno de los primeros grandes partidos en reconocerse sin reservas, en tiempos difíciles, en la Tercera Internacional. Los acontecimientos de septiembre demostraron que el partido italiano no fue capaz de captar la situación y atraer a todo el partido revolucionario para iniciar una lucha política a gran escala para tomar el poder político o, al menos, para esbozar un poderoso ataque para tomar ese poder.

El camarada Terracini nos dijo aquí que el comité del partido se había pasado dos días discutiendo si había que hacer la revolución o no. En mi opinión, habría sido mejor que los dirigentes del partido hubieran decidido en esa situación emprender la lucha política con todos los medios a su alcance. Esto habría permitido ver hasta dónde se podía avanzar en el camino revolucionario. Pero no puedo culpar a Serrati de que no se haya tomado esta resolución. Serrati no estaba en Italia en esos momentos.

Este hecho me demuestra una cosa, y es que el partido italiano, al que mirábamos con orgullo y asombro, no era lo que debía ser, ni ideológica ni organizativamente. Pero veo otra cosa más: que las masas que se sublevaron en Italia en aquellos momentos no habían progresado más que sus dirigentes, porque de lo contrario, camaradas (y lo que voy a decir, siempre lo he pensado y lo sigo pensando hoy en día), si las masas estuvieran verdaderamente animadas por la voluntad revolucionaria y si fueran conscientes, habrían abucheado la decisión de sus vacilantes dirigentes aquel día y se habrían comprometido sin su ayuda en la lucha política.

Heckert.- Es la misma justificación que alegan los Scheidemann para su traición de 1914. (*Ruido y varios movimientos*)

Clara Zetkin.- Por favor, esto no es una justificación, sino una constatación del hecho histórico de que el nivel de los dirigentes está siempre en relación con el de las masas. Ciertamente, la actitud de los dirigentes puede tener a veces una influencia decisiva, pero un proletariado verdaderamente maduro y revolucionario siempre producirá dirigentes que sustituirán a los antiguos en los momentos decisivos. No digo esto para atenuar en absoluto la culpa de los dirigentes políticos, sino por una razón completamente diferente, es para demostrar que el ejecutivo debería haber utilizado absolutamente todos los medios posibles para que se hubiera podido formar un partido ideológicamente unificado y con una organización perfecta. Este partido debe ser capaz de dirigir por sí mismo el trabajo de las masas todavía insuficientemente formadas y animadas sólo por el instinto revolucionario, y de educarlas.

Siempre he considerado el problema italiano desde este punto de vista de la constitución de dicho partido. Por eso siempre he aprobado abiertamente la decisión del ejecutivo de que, si el partido quería ser miembro de la Tercera Internacional, debía separarse *inmediata y abiertamente* de los turatistas. Subrayo estas últimas palabras: abierta e inmediatamente, porque quiero que no haya malentendidos y que nadie me impute la opinión de que se puede seguir haciendo la política turatista y reformista de los llamados “unitaristas”, una política oculta tras una fraseología comunista. La existencia

de este partido centrista era precisamente el obstáculo para esta separación, aunque sin duda había masas de proletarios que habían demostrado, tanto en el pasado como en el presente, que buscaban honestamente el camino que conducía al comunismo y a la Tercera Internacional. Intentaron encontrar el camino, no sólo teóricamente, sino que también estaban dispuestos a pasar a la acción. Doy mucha importancia al hecho que esas masas hayan sido ganadas para el Partido Comunista de Italia. ¿Y por qué? No es (como se ha aludido aquí) que tuviera ninguna inclinación por una política centrista o medio centrista, sino por otras razones. Sabía que entre esas masas había trabajadores organizados en sindicatos y gremios que podían y debían ser los campeones de la lucha contra toda política y táctica reformista y oportunista. Y por otra razón que debería mostrar lo lejos que estoy de cualquier tendencia medio centrista y pacifista. Me habían dicho (no sé si esto es correcto, y pediría a nuestros amigos italianos que me rectificaran si no lo es) que las autoridades municipales, los alcaldes y los concejales de Italia, estaban en condiciones de controlar y ejercer su poder sobre la policía política. Consideré un verdadero aumento del poder de los comunistas el hecho de que durante la guerra civil en Italia la fuerza armada, o al menos la policía armada, estuviera sometida a ellos en miles de municipios, (naturalmente no con el objetivo de que la policía armada actuara como guardia de honor durante las manifestaciones, sino para intervenir en los conflictos en el sentido de combate revolucionario).

La moción de Clara Zetkin

La moción que propuse a la central coincidía básicamente con la del representante del ejecutivo. Sólo la había cambiado en un punto para decir que había que dejar la puerta abierta a una gran parte de los obreros serratistas si querían encontrar su camino hacia el partido comunista.

Y ¿qué decía la moción? Se declaraba sin reservas a favor de la petición del ejecutivo; los turatistas debían ser expulsados inmediatamente sin ningún recurso posible a su favor. En segundo lugar, la resolución afirmaba que había que culpar a Serrati de dos grandes faltas de las que era culpable: en primer lugar, no había hecho ni una sola propuesta en los seis meses posteriores al Segundo Congreso que pudiese haber contribuido a realizar la escisión de otra manera. En segundo lugar, en Livorno prefirió la fusión con 14.000 turatistas a la del partido comunista con 68.000 proletarios. La moción afirmaba, además, que probablemente había elementos proletarios detrás de Serrati que querían honestamente el comunismo y que, por lo tanto, había que dejarlos libres para que se llevaran bien con el partido comunista y se unieran en un solo partido. La moción seguía exigiendo que el ejecutivo demostrase que no había nada que hacer en ese sentido. Luego declaraba que era evidentemente necesario que en Italia hubiera un solo partido comunista legítimamente existente, incluyendo al Partido Comunista de Italia, y que solamente este partido unificado puede y debe ser apoyado con fuerza por todos los partidos hermanos.

Camaradas, el hecho de que, en una de sus últimas sesiones, el ejecutivo aceptase por unanimidad una resolución similar a la mía demuestra que no mostraba ninguna inclinación centrista. Así que, si se me acusa de tendencias centristas por esta moción, bueno, entonces estoy en la mejor compañía.

Continuaré, camaradas. Estaba recorriendo el país en una gira de agitación y no sabía nada de lo que estaba pasando.

Cuando volví a reunirme en la central, me dieron una noticia totalmente inesperada, y me dijeron que había que volver a tratar la cuestión italiana. Entonces pregunté por qué. Me dijeron: “Primero porque Levi había hecho declaraciones en una

reunión de funcionarios en Berlín que exponían la moción con espíritu serratista y, segundo, porque un representante del ejecutivo había llegado aquí desde Livorno y había declarado que la actitud adoptada hasta entonces por el partido ya no era suficiente y debía cambiarse”. En cuanto a la declaración de Levi, me atreví a decir que, aunque valoraba mucho sus capacidades, difícilmente podía pensar en él como una personalidad cuya opinión pudiera anular las decisiones de toda una organización. Hubiera bastado con que la central declarara que Levi no había actuado en nuestro nombre, sino que, por el contrario, al interpretar la moción se había opuesto a nuestras decisiones. Los camaradas Thalheimer y Stoecker² nos propusieron otra moción. Quiero anotar una cosa más, si la memoria no me falla (la servicial policía alemana tuvo la amabilidad de libramme en la frontera del material que traía), y es que la primera de estas resoluciones fue aceptada por la central por unanimidad contra una sola abstención y en ausencia de un miembro del comité. Y ahora se vuelve a poner en la agenda simultáneamente con la de Thalheimer-Stoecker, cuyas características ofreceré más adelante. La mayoría de los miembros del comité central rechazaron la moción de Thalheimer-Stoecker, mientras que la antigua moción volvió a ser aceptada por una amplia mayoría. Había acentuado considerablemente los términos de la moción para que fuera imposible interpretarla de forma favorable a Serrati. Tenía tanto más derecho a estar segura de un resultado favorable cuanto que incluso los representantes del ejecutivo en Italia habían tenido que declarar que la antigua resolución era suficiente.

Camaradas, aquí se habla mucho de las exigencias de la disciplina y de la subordinación de la minoría a la mayoría. En la reunión de la central se tomó la decisión definitiva de proponer la moción, redactada en términos más contundentes, al comité central en nombre de toda la central. Pero no se ha insistido lo suficiente en la prohibición de que los miembros propongan por separado mociones en su propio nombre. La disciplina estricta debería haberlo prohibido. Ahora vemos que hay que hacerlo urgentemente. ¿Por qué he hablado en contra de la moción Thalheimer-Stoecker? Digo que comparto este punto de vista de la disciplina, pero veo que se decidió que la resolución debía ser presentada en nombre de toda la central ¡y ninguna otra! ¡Y por decisión mayoritaria!

Heckert.- Se decidió lo contrario.

Clara Zetkin.- Camaradas, se había decidido que esta moción fuera la propuesta en nombre de toda la central; pero más tarde se dijo que los miembros por separado tenían el derecho, a su discreción, de proponer también una resolución. Por cierto, quería decir que este asunto es bastante secundario y no cambia en absoluto la cuestión esencial. En mi opinión, la idea de disciplina se aplica de forma demasiado estricta. Por eso estaba en contra de la moción Thalheimer-Stoecker. En primer lugar, se encuentran en ella los motivos de exclusión de los serratistas, además de los otros errores que ya se han señalado y que caracterizan la actitud del partido italiano en relación con la cuestión agraria, las nacionalidades y los sindicatos. Pero las tres eran cuestiones que habían sido tratadas por el Segundo Congreso de la Internacional, y pensé que sería perjudicial para las decisiones y la autoridad del Segundo Congreso Mundial considerar la actitud del partido en esta cuestión como base para esta expulsión.

En efecto, surge la cuestión apremiantemente; si la posición adoptada por los italianos en esta cuestión no era conforme, y hasta tal punto, con la política de toda la Internacional Comunista, entonces el Segundo Congreso Mundial debería haber excluido ya al partido italiano de la Internacional Comunista. Todavía se plantea otra cuestión: en

² Walter Stoecker (1891-1939), miembro del SPD, después del USPD, ejerció un papel dirigente en los consejos de obreros y soldados en Colonia en 1918, formaba parte de los dirigentes de ala izquierda que presionaban para la fusión con el KPD en 1920. Muerto en Buchenwald.

casi todos los partidos comunistas sigue habiendo diferencias de opinión tanto en la teoría como en la práctica. Recuerdo que sólo recientemente hemos visto las batallas más feroces en cuestiones agrarias y sindicales dentro del partido de nuestros hermanos rusos. Esta diferencia de opinión ha surgido no sólo en cuestiones teóricas, sino también en relación con la práctica. Si se aplicara esta medida para decidir si un partido concreto debe pertenecer a la Tercera Internacional, en la actualidad no habría ni un solo partido que cumpliera las condiciones de adhesión.

Por otra parte, estaba en contra de la moción de Thallheimer, que afirmaba que había que luchar con más fuerza contra el grupo Serrati. No tenía nada en contra de esta declaración de guerra contra Serrati, pero sí tenía un problema con una declaración de guerra contra el grupo de Serrati. Esto último equivaldría a una declaración de guerra contra los proletarios que quisieran afiliarse al partido comunista. Me parecía excesivamente poco inteligente por el siguiente motivo: sabéis que se me han reprochado la diplomacia con Serrati. Cuando vino a Berlín pasó también por Stuttgart, por la razón, sin duda muy banal, de que siempre es mucho más fácil llegar a Berlín y a Stuttgart que a Moscú. ¿Pero en qué consistía mi diplomacia? Insisto en afirmarlo aquí. Me han dicho que Serrati había ido a Berlín y había conferenciado con miembros de la central alemana que decidió enviar una propuesta al ejecutivo de Moscú para que nombrase y enviase una comisión especial a Italia. Esta comisión se encargaría de encontrar, en colaboración con el partido comunista y el proletariado, alguna forma de organizar la expulsión de los turatistas y realizar la escisión. Entonces me dije: “No debo ser más monárquica que el rey, y si la central ha hecho esto.... (Radek.- ¡El rey era Levi!)”

La actitud de Serrati

Clara Zetkin.- Eso es lo que no podía saber. Se me advirtió de que debía ser cautelosa en mis relaciones con Serrati. Me dijeron que escribiera mi conversación inmediatamente después de la entrevista y que la enviara por correo a la central para que el camarada Curt Geyer³ pudiera llevarse la carta a Moscú. Seguí fielmente este consejo: durante mi entrevista con Serrati, no se puede decir que hubiera sido demasiado diplomática, pues empecé por hacerle un buen lavado de cabeza por su carta a Lenin y por la dirigida a Longuet sobre la escisión de Tours. Le dije que era un error, y lo admitió, excusando su conducta por la difícil situación en la que se había encontrado, atacado por todos lados, por la izquierda y la derecha y por el centro, y sin experiencia para defenderse.

No todo lo que me contó me pareció demasiado convincente. Pero pensé que incluso así utilizaría la situación en aras de una escisión y aclaración dentro del partido italiano. Le dije a Serrati que, si se tomaba en serio lo de llevarse bien con el partido comunista y con la Internacional Comunista, no bastaba, en mi opinión, con hacer su propuesta a través de la central alemana. Le dije que me parecía más honesto y políticamente más inteligente hacer lo siguiente: decidir que el Comité del Partido

³ Curt Geyer (1891-1967), hijo de un pionero socialdemócrata sajón. Estudios superiores de economía e historia. Redactor del *Vorwärts* en 1914, después en el diario del partido de Würzburg. Miembro del USPD en 1917, del consejo de Leipzig en 1918, que presidió en 1919. Diputado en la asamblea nacional. Líder de los independientes de izquierda, partidarios de la adhesión a la Internacional Comunista. En la central del VKPD en 1920, representante del partido en el ejecutivo [de la IC] y en el buró restringido. Solidario con Levi, excluido en agosto de 1921, lo siguió al KAG en el USPD, al SPD. (Contrariamente a Levi y al resto de “levistas”, Geyer no se unió a la oposición socialdemócrata de izquierda. Emigró en 1933 y residió en Gran Bretaña donde fue miembro del Ejecutivo del SPD en el exilio. Durante mucho tiempo corresponsal de diarios alemanes, se retiró a la República Federal Alemana). (Nota de P. Broué *Révolution en Allemagne*).

Socialista Italiano llevara un proyecto similar al ejecutivo de Moscú. Después de muchas evasivas, Serrati me prometió esto. Así que le presioné aún más: le dije que en su posición esto no era suficiente, que tenía que decidir que su comité enviara inmediatamente una copia de esta propuesta al Comité del Partido Comunista de Italia, escribiéndoles: “Queridos camaradas, os enviamos una copia de una propuesta que hacemos al Ejecutivo de la Internacional Comunista, y os pedimos que toméis nota de nuestra acción y os solidaricéis con ella lo más posible”.

Camaradas, Serrati estuvo de acuerdo con esto también sin que se acordase entre ambos lo que yo esperaba de esta medida. ¿Y cuál era mi propósito al hacer esto? Quise poner a Serrati en esta situación: debería cumplir honestamente la promesa que me había hecho, o bien tendríamos un arma contra él para demostrar que su reconocimiento de la Tercera Internacional y toda su lealtad a ella no habían sido más que hipocresía y que se manifestaba sólo de palabra y no en los hechos.

Por eso consideré que, ante esta situación, era mejor no aprobar la moción Thalheimer-Stoecker, porque al aceptarla le dábamos a Serrati un pretexto fácil para no cumplir su palabra y no hacer nada para llevarse bien con el Partido Comunista Italiano y con la Internacional Comunista. Naturalmente, pregunté a nuestros amigos italianos: Serrati no había hecho nada para cumplir su promesa. [*¡Escuchen! ¡Escuchen!*]. Sí pudo alegar que el comité central alemán había aceptado la moción de declarar la guerra. Debo decir que, si yo hubiera estado en el lugar de Serrati, ni siquiera esta amenaza de guerra habría hecho tambalear mi opinión y la convicción de que debía buscar una vía de reconciliación con la Tercera Internacional y con el Partido Comunista de Italia. Habría dicho que, a pesar de esta moción, era el momento de mostrar mi sincero deseo de ingresar en la Tercera Internacional (*Aplausos*).

Camaradas, en relación con esta decisión del comité central debo decir que la intervención en nuestros debates del camarada Rakosy, representante de la Internacional Comunista en Italia, tuvo una influencia decisiva en mi dimisión de la central.

En el comité central se dijo que el mencionado camarada se mantenía en su primera idea. Ya he dicho que fui lo suficientemente ingenua como para creer que el representante del ejecutivo en Italia, dada la situación de aquel momento, había actuado en nombre y por orden del ejecutivo. No pensé ni por un momento que un representante del ejecutivo pudiera haber hecho tales declaraciones, subrayándolas por su propia voluntad y bajo su propia responsabilidad, en nuestro comité central cuando la situación en Livorno era tan difícil y tan importante. Reconozco este error y me alegro mucho de que el ejecutivo no haya aprobado a su representante. Puede que me equivoque. Camaradas, no soy una de esos espíritus teóricos que, como miserables politicastos en la práctica, se sienten con derecho a ser brillantes teóricos. Mi juicio lo formé sobre la base de los acontecimientos creados por la situación en esos momentos. No podía asumir la responsabilidad en una situación tan difícil.

Hubo otra razón por la que tomé una decisión, pero no quise exponerla durante la discusión para no provocar quejas y ofensas personales. Me di cuenta de que una gran parte de los miembros de la central había cambiado de opinión. No culpo a los compañeros en cuestión. A veces cambio de opinión veinticuatro veces al día y digo que veintitrés veces he sido estúpida como una burra y me he equivocado. Pero lo que no puedo entender es que uno cambie de opinión a raíz de nuevos e indocumentados argumentos.

(Interrupciones.- ¿Qué pasa con la actitud de Levi?)

Clara Zetkin.- Pero él no podía en absoluto inspirar a la central. No me gustaría que se pensara que la central es tan débil y pobre como para que sus decisiones se vean influidas por la opinión de Levi.

(Interrupciones: ¿Qué pasa con el resto de nosotros?)

Clara Zetkin.- Es vuestro problema lo importante que fue para vosotros el comportamiento de Levi. Nunca me dejé influir en mis decisiones por lo que dijera un Levi o un Müller o un Schulze, sólo lo admitía si me parecía correcto.

Camaradas, nadie tiene derecho a reprocharme que nunca tenga miedo a estar en minoría. Al contrario, casi siempre lo he tenido. Recordad que en la lucha por el uso de la tribuna parlamentaria estuve sola durante mucho tiempo, y que incluso aquellos miembros de la central que se unieron a mí lo hicieron no porque estuvieran convencidos de la necesidad de participar en el trabajo parlamentario, sino porque decían que simplemente era el espíritu de los tiempos y que no podíamos marchar en contra del espíritu de las masas. Os tomo a todos por testigos de que a lo largo de mis 40 años de actividad en el partido nadie puede reprocharme que haya renunciado nunca a un puesto por la única razón de ser de una opinión diferente, ni que haya engañado nunca a quienes me habían confiado su mandato, ni que me haya retirado por enfurruñarme. Por eso, cuando dejé mi puesto, pensé que estaba dando una cierta señal de alarma que consideraba muy necesaria. Me culparon por dejar la central diciendo que había incumplido la disciplina. No nos peleamos por las palabras, pero esto es lo que tengo que decir al respecto: En primer lugar, no habría dejado la central si hubiera imaginado que el partido seguía siendo tan débil que mi dimisión de la central (una dimisión que tuvo lugar sin ninguna discusión con Levi o con cualquier otra persona) podría haberle perjudicado. Un cargo del partido no es un dulce de chocolate que se sirve por salud política. No, camaradas, un puesto de combate se da a alguien sólo si se está convencido de que se coloca a una persona adecuada que reúne las condiciones necesarias. Cuando dejé de cumplir estas condiciones ya no era apta para mi puesto, y en lugar de ser un elemento útil en la central y en el partido era una alborotadora y, por tanto, perjudicial para el partido.

Camaradas, por eso actué como lo hice.

Nunca me he avergonzado por admitir públicamente un error. Y siempre actuaré de la misma manera en cuanto me dé cuenta de que he cometido un error. Puedo asegurar una cosa: en este caso era necesario, en interés del partido y del proletariado, actuar como lo hice. Si en otra ocasión estoy convencida de que la situación requiere que actúe de la misma manera, pues lo haré porque para mí la fidelidad al proletariado siempre tiene prioridad sobre la fidelidad a la disciplina del partido. Pero, camaradas, si veo que he cometido un error seré la primera no sólo en admitir mi culpa y entonar mi *mea culpa*, sino también en declarar que es mi culpa extrema. Este es mi punto de vista sobre el incumplimiento de la disciplina. Nunca me he sentido desanimada cuando me han regañado por alguna falta real o incluso imaginaria. Por otro lado, me sentiría no sólo humillada sino incluso indignada si alguna vez actuase en contra de mi conciencia. Acepté las reprimendas sin protestar y esperaré con toda tranquilidad la decisión del congreso.

Y ahora un par de palabras más sobre la cuestión italiana. En mi opinión, la política de Serrati y su partido tras el congreso de Livorno ha demostrado sin duda que era una política reformista y oportunista (*aprobaciones*). Lo reconozco plenamente. La posición adoptada por el partido en la cuestión de la guardia blanca y la lucha contra el fascismo lo demuestra claramente. ¿Es realmente un partido comunista; no, quiero decir aún más: es incluso un partido político que quiere librar la guerra civil, desatada por el fascismo, por medio de sermones y declara que el fascismo debe ser combatido y derrotado con las armas de la ética cristiana? (*Risas*) No, en las luchas del proletariado siempre es necesario devolver dos golpes por cada uno. La violencia debe romperse con la propia violencia. Y no son los dos sonidos de flauta del *Avanti* los que pueden derrotar al fascismo en Italia. Sólo será aplastado por la lucha proletaria. (*animados aplausos*)

Toda la actitud de los serratistas ante los problemas políticos me parece que revela su carácter oportunista. Muchos compañeros nos dicen que ven la confirmación de que la escisión de Livorno estaba justificada. Pero, camaradas, podemos tener otra opinión: podemos decir que esta escisión de la izquierda casi obligó a los unitaristas a echarse en brazos de los turatistas.

Radek. - Mientras Hilferding se lanzaba en brazos de Scheidemann (*Risas*).

Clara Zetkin. - Sí, compañeros, hay dos caras de la moneda. Acojo con satisfacción la división como una forma de desenmascarar a los líderes inseguros y vacilantes. Pero lo lamento cuando todavía retienen a cientos de miles de proletarios. ¿No podemos, por lo tanto, arrancar más rápidamente a estos cientos de miles de obreros de este medio maldito trayéndolos a la esfera de influencia del Partido Comunista Italiano? Sin embargo, quiero dejar que los estudiosos discutan y se peleen sobre si la evolución del partido italiano sirve como prueba de que la escisión de Livorno fue acertada o si tuvo una influencia perjudicial. Me parece que ya no basta con que el congreso se limite a declarar que las veintiuna condiciones deben cumplirse estrictamente; la ruptura con los turatistas, la separación, es una necesidad para todo aquel que quiera pertenecer a la Internacional Comunista. No, el congreso aún tiene que refutar de la manera más aguda e inequívoca cualquier política dirigida de cualquier manera oportunista y capaz de engañar a las masas. Camaradas, soy de la opinión de que no podemos tomar una decisión sobre este asunto hasta que hayamos escuchado las dos versiones. Pero, en cualquier caso, por lo que puedo juzgar de los documentos presentados, mi opinión es seguramente la que he explicado aquí.

El caso de Paul Levi

Y ahora, si me permitís, diré unas palabras más sobre el caso Levi; no quiero que se sospeche que quiero evitar este asunto. Repito que no consideramos errónea la actitud del ejecutivo a este respecto; al contrario, estamos totalmente de acuerdo con su insistencia en la escisión de los turatistas. Sólo habría que considerar si no hubiera sido posible realizar la escisión aquí antes, prepararla mejor y sobre todo intentar provocarla entre los propios serratistas para llevar a los mejores obreros al partido comunista. Sigo reprochando al ejecutivo, francamente y sin ninguna reserva, no haber sido lo suficientemente cuidadoso en la elección de sus representantes en el extranjero. Observo que el ejecutivo ha desautorizado la acción de algunos de estos representantes a través de las declaraciones del camarada Zinóviev sobre el carácter y las tareas de los partidos comunistas y de la Tercera Internacional. Por lo tanto, no hay razón para iniciar una lucha contra el ejecutivo.

Radek. - Pero Levi lo hizo, y tú no lo pusiste en su lugar.

Clara Zetkin. - Hablaremos de esto más adelante, pero espera un momento. En cuanto al caso Levi, en mi opinión, no se trata sólo de un caso disciplinario (¡bastante correcto!) sino de un caso político. Este caso no puede juzgarse ni estimarse de otro modo que en relación con el conjunto de la situación política. Por eso, sólo debe ser discutido en las discusiones que tendremos sobre la táctica del partido comunista y especialmente sobre la acción de marzo. Aquí tratamos el caso Levi como un caso disciplinario. No me opongo a ello, pero sólo con la condición de que se incluya también la acción de marzo.

De lo contrario, nos estaríamos perdiendo todo el trasfondo histórico y todo el ambiente que nos permite entender el origen de este caso disciplinario. Ayer, el camarada Radek lanzó la pregunta de forma muy personal contra Paul Levi, exclamando enfáticamente: “¿Y cuándo se ha visto a Paul Levi en las trincheras revolucionarias?”

El camarada Radek sabe tan bien como yo que el camarada Paul Levi no está entre los cobardes que abandonan la lucha. Permaneció en el campo de batalla durante los peligrosos días de enero y marzo de 1919, aunque había un precio por su cabeza de 20.000 [sic⁴] marcos. Y junto con el camarada Thalheimer llevó la peligrosa vida de la lucha ilegal; arrojado aquí y allá, me parece que también estuvo en las trincheras revolucionarias. Sólo quiero rozar estos hechos aquí sin detenerme en ellos. Sólo digo que sólo podemos llegar a un juicio justo sobre la actitud y la conducta de Paul Levi si hablamos de ello en relación con la acción de marzo. Siempre he expresado mi solidaridad con su conducta durante esa acción. Lo he repetido en muchas asambleas en las que se han reunido decenas de miles de obreros. Siempre he dicho que no estoy de acuerdo con todas las palabras del folleto y estoy lejos de estar de acuerdo con todas las sentencias que contiene. Y si me pides que te responda con la mano en la conciencia debo decirte que yo no habría escrito ese folleto. Pero en ese momento era una cuestión vital para el partido que se iniciase una crítica. [...]

No me opongo a que el congreso tome una decisión inmediata sobre el caso Levi. Pero sólo después de una discusión completa de todos los hechos que precedieron a la acción de marzo, porque sabemos que el camarada Levi actuó por convicción. Puede alegar las mismas razones para su falta disciplinaria que se alegaron en el pasado para explicar la conducta de los camaradas rusos que habían infringido la disciplina. Actuó con la convicción madurada de que podía salvar al partido y que estaba obligado a prestar un servicio a los proletarios. [...]

Radek. - ¿Y la cuestión de la ofensiva?

Clara Zetkin. - Sólo hablaré de la cuestión de la ofensiva o la defensiva, camarada Radek, cuando discutamos toda la cuestión, y cuando saques frases del resto del texto, estarás actuando según un método muy antiguo que no has inventado, estarás actuando según la receta de decir: "Dame unas veinte líneas escritas por alguien, y lo mandaré al cadalso".

Más adelante explicaré cómo veo el tema ofensiva/defensiva. (*Heckert interrumpie*) Camarada Heckert, haré esto sin su bendición; hasta ahora no es usted mi confesor político.

Camaradas, en el caso de Levi, debemos prestar atención a todos los hechos y a la política, así como a los motivos que llevaron a Levi a escribir su panfleto⁵ y finalmente al efecto que tuvo. [...]

Pero, camaradas, lo que es mucho más penoso es que el panfleto del camarada Levi ha afligido a muchos obreros y muchos de ellos se han abstenido por ello de participar en la discusión objetiva y crítica de la situación y de la línea de conducta de la central. Comprendo perfectamente la excitación y la indignación (*¡Escuchad! ¡Escuchad!*) que surgieron en las filas de los trabajadores. Pero también digo: me dan pena los comunistas cultos y educados que no son capaces de responder a sus adversarios cuando utilizan el panfleto contra ellos. Porque si no hacemos autoridad de lo que nuestros enemigos hacen de nosotros, los comunistas, por nuestras declaraciones escritas y verbales, ¡bueno! nunca podríamos escribir una sola línea, ni abrir la boca, porque nuestros adversarios lo distorsionarían todo y conseguirían libar la miel de todas las flores.

Tengo que decir con toda sinceridad que estoy convencida de que sin la crítica de Levi no habríamos tenido un debate tan rápido e importante sobre la teoría y la práctica

⁴ P. Broué en su *Histoire de l'Internationale Communiste* habla de 200.000, página 120. AP.

⁵ Se refiere al folleto publicado el 12 de abril de 1921 bajo el título *Unser Weg – Wider den Putschismus* (Nuestra vía – Contra el putchismo).

de la acción de marzo. Evitó que el partido comunista y el proletariado se vieran expuestos al peligro de ser arrastrados a nuevas empresas de dudoso éxito.

Camaradas, les diré por qué he adoptado una postura tan firme en esta complicada cuestión. Ahora considero, y consideré entonces, que la acción más intensa y enérgica del proletariado alemán era absolutamente necesaria en las condiciones dadas. Lo que me apena no es que los obreros hayan luchado o que haya habido una solución equivocada, ni que hayamos tenido una dirección equivocada. Pero es que el partido comunista, en el momento en que había que actuar, era demasiado débil e incapaz de tomar las medidas necesarias. (*Protestas*). Cuando pido al congreso que emprenda una investigación detallada y concienzuda de la táctica de la acción de marzo, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, lo hago con la convicción de que nuestra discusión debe perseguir un objetivo: prepararnos y armarnos para nuevas batallas feroces, para hacerlo sin ninguna reserva, ya sean estas batallas derrotas o victorias. Incluso las derrotas pueden ser útiles si son infligidas a las masas proletarias por un enemigo superior y son, al menos, derrotas en las que el proletariado puede gritar con orgullo que “todo está perdido, menos el honor” (*fuertes aplausos y prolongada aprobación*).

